4 La Semana Santa en el Bajo Aragón

Francisco Javier Sáenz Guallar

Introducción

La Semana Santa bajoaragonesa, con sus atronadores tambores y bombos sonando sin descanso, es la manifestación popular más original, espectacular y conocida de la comarca e incluso de la provincia. A ello ha contribuido, sin duda, la figura del cineasta calandino Luis Buñuel con algunas escenas de sus películas, y con escritos como éste de sus memorias tituladas *Mi último suspiro*:

> *Es una ceremonia colectiva impresionante, cargada de una extraña emoción, que yo escuché por primera vez desde la cuna, a los dos meses de edad [...] Ignoro qué es lo que provoca esta emoción, comparable a la que a veces nace de la música. Sin duda se debe a las pulsaciones de un ritmo secreto que nos llega del exterior, produciéndonos un estremecimiento físico, exento de toda razón* [...] *Los tambores, fenómeno asombroso, arrollador, cósmico, que roza el inconsciente colectivo, hacen temblar el suelo bajo nuestros pies. Basta poner la mano en la pared de una casa para sentirla vibrar. La naturaleza sigue el ritmo de los tambores que se prolonga durante toda la noche. Si alguien se duerme arrullado por el fragor de los redobles, se despierta sobresaltado cuando éstos se alejan abandonándolo.*

En los últimos tiempos, muchas otras poblaciones de fuera de la comarca han incorporado a sus Semanas Santas el toque del tambor y el bombo, a imitación de lo que ocurre aquí, y se ha generalizado su presencia en las procesiones y la convocatoria de exaltaciones instrumentales, retretas, exhibiciones, encuentros, muestras, concursos, etcétera. Sin embargo, se olvida que lo verdaderamente significativo de la Semana Santa en el Bajo Aragón no es la existencia de tambores y bombos, que encontramos prácticamente en todas las Semanas Santas del país acompañando a las bandas de cornetas, sino la forma que en se tocan en la comarca bajoaragonesa, es decir, de manera multitudinaria e ininterrumpida durante dos días seguidos y no solamente en cofradías y durante las procesiones, sino también, y especialmente, al margen de ellas, fuera de los tiempos, formas y lugares establecidos.

Bombo con las huellas de sangre dejadas por horas de continuo tocar

El momento de mayor expectación de la Semana Santa bajoaragonesa, y el que últimamente las televisiones eligen para retransmitir, ya no es ninguna procesión en particular, sino el de *romper la hora* o de comenzar a tocar, que se realiza de manera colectiva en cada población, excepto en Alcañiz, y en el espacio público de mayor capacidad, normalmente las plazas mayores o las de la iglesia. Aquí se van congregando los tamborileros poco a poco hasta que llega la hora. A una señal del alcalde, o del invitado de turno, el sobrecogedor silencio reinante es roto por un atronador estruendo producido por cientos de tambores y bombos sonando al unísono. Poco después, los tamborileros abandonan la plaza en cuadrillas que compiten y se *pican* entre ellas mientras rondan las calles. De vez en cuando descansarán, repondrán fuerzas comiendo y bebiendo copiosamente y se volverán a juntar para acompañar a las procesiones.

El tocar el bombo de forma enérgica y continuada durante horas provoca, en ocasiones, que los nudillos de la mano que lleva la maza sangren abundantemente e incluso queden en carne viva. Para unos, los menos, esto es una prueba evidente de que no se sabe manejar el instrumento. Para otros, por el contrario, es la consecuencia inevitable de tocar el bombo como se debe hacer, es decir, con fuerza y vigor, con *hombría*.

El origen de los tambores

En relación con las razones por las que se incorporaron tambores a la Semana Santa del Bajo Aragón, y en la forma en que lo hicieron, existen diversas teorías. La más difundida propone que los tambores se añadieron a los desfiles procesionales para intentar reproducir el estruendo de las convulsiones de la naturaleza ocurridas en el instante de la muerte de Jesucristo en la cruz: “En esto el velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo; tembló la tierra y las piedras se rajaron” (Mateo, 27, 51-52). Pero esto parece una interpretación a posteriori y que además

no aclara el papel de los tambores fuera de las procesiones y de los actos religiosos.

Una segunda hipótesis, muy conocida también, atribuye, por el contrario, un origen profano a la tradición. Según esta teoría, el tránsito entre el invierno y la primavera, en el que se sitúa la Semana Santa, sería el fin del letargo de muchos animales y también de los muertos, que estarían tentados de volver al mundo de los vivos. Para protegerse de ellos y para ahuyentarlos y conducirlos hasta el lugar de su descanso final, en muchas culturas se habría recurrido desde antiguo a producir ruido violento con todo tipo de instrumentos y cacharros. Esto explicaría la presencia de matracas y carracas en este tiempo y en muy diferentes contextos y algunos extraños rituales que se celebraban hasta hace muy poco en nuestra comarca dentro de las iglesias, como *matar a María*, *despertar a los santos* o el *matajudíos*, en los que al final del *oficio de tinieblas* la gente, armada con palos y piedras, golpeaba el suelo, los bancos, los confesionarios, y todo lo que quedaba a su alcance produciendo un ruido atronador. En algunos casos, rituales muy semejantes tenían lugar también en las calles de muchos pueblos del Bajo Aragón. La introducción de los tambores se habría realizado, pues, para encauzar y formalizar esta tradición, en la que algunos observan elementos propios del carnaval.

No obstante, si se observa lo que sucede en otros lugares de España donde también se toca el tambor de forma muy parecida a como se hace en nuestra comarca, es necesario tomar en consideración una tercera posibilidad. En Baena, Cuenca, Mora-

Inicio de la procesión del Pregón de Alcañiz

talla o Mula, por ejemplo, quienes tocan el tambor reciben el nombre de *judíos*, y en grupo constituyen *turbas de judíos*, de ahí el nombre de *Las Turbas* que se da a la famosa procesión de Cuenca. El papel de estas turbas de judíos en las procesiones es el de mofarse y burlarse del sufrimiento de Jesucristo con tambores y bombos, antiguamente destemplados, o también con clarines como en Cuenca. Pueden cometer determinados excesos y en algunos casos incluso parar o interrumpir la procesión. Y al igual que en la Semana Santa bajoaragonesa, siguen tocando sus instrumentos una vez que acaban las procesiones y los actos religiosos, incluso con más entusiasmo y dedicación si cabe.

En este mismo sentido, se puede pensar que los tamborileros bajoaragoneses no hacen sino interpretar también, como en los lugares citados, dentro de la gran representación de la pasión y muerte de Jesucristo que es la Semana Santa, el papel de *judíos*. En la procesión del Pregón de Alcañiz, por ejemplo, todos los elementos que la constituyen pertenecen al Antiguo Testamento (la creación del mundo, la expulsión de Adán y Eva del paraíso, las doce tribus de Israel, etcétera), no hay nada que tenga que ver con la pasión y muerte de Jesucristo. Pero al mismo tiempo, los trajes y caperuzos con los que deben vestirse quienes simulan ser *judíos*, suponen a su vez una burla y escarnio hacia uno de los pueblos históricamente más rechazados por el conjunto de la sociedad española, al que se hace responsable precisamente de la muerte de Jesucristo. En Cabra (Córdoba), por ejemplo, "para aspirar al honor de una plaza en estas tribus o turbas de judíos, era preciso que el solicitante tuviera lo que llaman los inteligentes buena sangre, esto es, que descienda de cristianos viejos sin mezcla alguna de otra mala raza, ni de moriscos, ni de recién convertidos a la nuestra santa Fe Católica. Y si preguntáis, lectores míos, la causa de tan severo escrutinio, os dirán con gravedad las viejas del país que todo ello es necesario para que la costumbre de representar anualmente su papel no influya en sus hábitos y creencias".

Alcañiz e Híjar, curiosamente, las dos localidades, junto con Calanda, donde desde más antiguo se toca el tambor y el bombo, fueron importantes focos de cultura judía. En el Bajo Aragón, la incorporación de estos *judíos de la broma*, como se les denomina en las localidades mencionadas, habría sido controlada y regulada más que en ningún otro lugar a través de los numerosos bandos municipales y otras normas de carácter restrictivo promulgados por los poderes públicos locales; de esta manera los tambores habrían quedado integrados con más normalidad en las procesiones, aunque siempre con la posibilidad de tocar con total libertad fuera de ellas.

Finalmente, aún se han propuesto algunas otras teorías, más discutibles, sobre los motivos de la aparición del tambor en la Semana Santa bajoaragonesa. Una de ellas, por ejemplo, habla de una posible influencia de las bandas militares, muy abundantes en los acuartelamientos existentes en la comarca durante gran parte del siglo XIX, que habrían prestado sus tambores como ayuda para marcar el paso de los desfiles procesionales, pero que tampoco explica su presencia fuera de las procesiones.

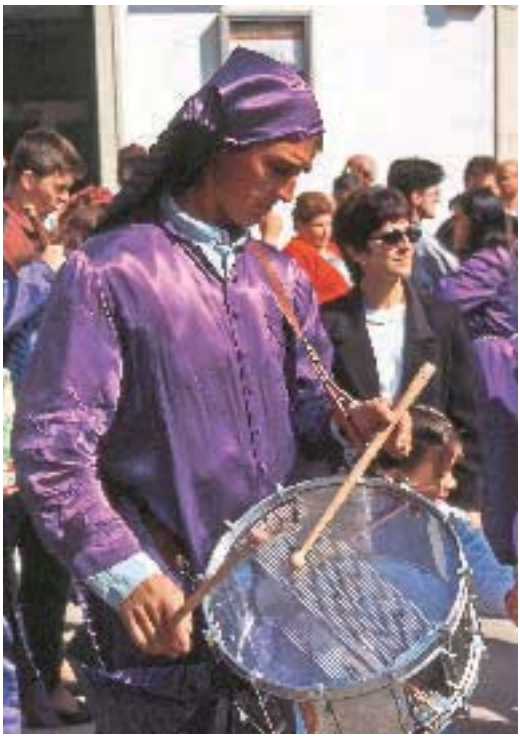
Una fiesta popular

La Semana Santa es la rememoración católica de la pasión y muerte de Jesucristo en la cruz, según se narra en el Nuevo Testamento. En este sentido, pues, se trata de una celebración de raíz estrictamente religiosa. Sin embargo, la incorporación en el Bajo Aragón del toque del tambor y del bombo la convierte en una gran fiesta popular llena de significados sociales y culturales, no todos ellos estrictamente religiosos.

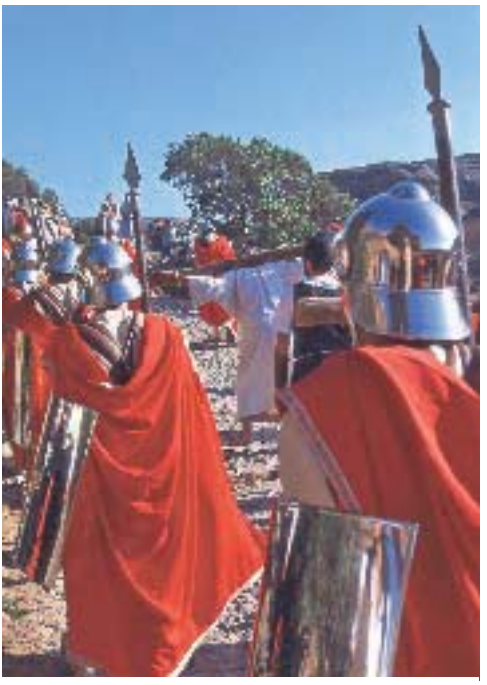
En cualquier caso, pues, independientemente del origen y sentido último de la tradición de los tambores, lo verdaderamente reseñable de esta costumbre son los dos modos tan diferentes de practicar el ritual que se dan según se vaya en procesión o se esté fuera de ellas, circunstancia que se va alternando a lo largo de todo el tiempo que dura la celebración.

Por una parte, con la participación en las procesiones, se reafirma, de manera simbólica, el orden establecido: los diferentes sectores sociales intervienen en ellas según su estatus mediante cofradías, hermandades, asociaciones o agrupaciones familiares; los organizadores y los protagonistas principales son los poderes públicos, religiosos o profanos; las procesiones discurren siempre por las mismas calles y plazas principales, y comienzan y terminan con unos horarios fijos y establecidos previamente; todos los participantes deben llevar túnica, y del mismo color; sólo se pueden interpretar determinados toques marcados de antemano; se toca el tambor anónimamente dentro del conjunto o en grupos familiares; y existen rígidas normas que regulan la forma de participar en todos los aspectos.

Pero, por otra parte, cuando las procesiones finalizan, el ritual del toque del tambor, una vez desligado de ellas, rompe, transgrede, también de forma figurada, ese orden: entonces desaparecen de la celebración los privilegios de origen social; ya no es obligado vestir la túnica o está permitido llevarla sin tercerol; se pueden interpretar todos los toques, e incluso improvisar, y por el tiempo que se quiera, frecuentemente hasta caer exhausto o hasta que sangran los nudillos de las manos; no se toca ya el tambor en grupos familiares, sino individualmente o en cuadrillas que compiten unas



El cese del toque en Calanda



El Drama de la Cruz de Alcorisa

con otras; se toma posesión de todo el espacio urbano y ya no hay ninguna norma que respetar. Entonces el ritual del tambor adquiere un carácter lúdico, de liberación, catártico.

Por último, hay que decir que en la comarca del Bajo Aragón, para Semana Santa, aparte de los tambores y bombos, encontramos otras manifestaciones populares de interés, como la *lucha* que llevan a cabo el Sábado Santo en Calanda, una vez finalizada la procesión, el centurión Longinos –vestido con una anacrónica armadura medieval, recuerdo de la que le regaló Felipe IV a Miguel Pellicer, el cojo del milagro– y el capitán de los romanos o *pututunes* en torno al paso del sepulcro. En Alcorisa, la representación del llamado Drama de la Cruz lleva ya más de un cuarto de siglo comprometiendo a un gran número de alcorisanos. Y en Alcañiz, la procesión de Las Palometas, una peculiar versión de las tradicionales *procesiones del Encuentro* del domingo de Resurrección, en la que varias palomas salen de una gigantesca granada de tela que contiene una imagen de la Virgen del Carmen y se abre cuando se encuentra con el palio bajo el que se cobija la custodia, lleva celebrándose desde tiempo inmemorial.

Bibliografía

MICOLAU ADELL, José Ignacio y SÁENZ GUALLAR, Francisco Javier, *La Semana Santa del Bajo Aragón. Antología*, Centro de Estudios Bajoaragoneses, Alcañiz, 1984.

ORTIZ-OSÉS, Andrés, *El simbolismo de las tamboradas en el Bajo Aragón*, pregón de Semana Santa de 1991 (colección Pregón, 3), Centro de Estudios Bajoaragoneses, Diputación Provincial de Teruel y Ayuntamiento de Alcañiz, Alcañiz, 1992.

OTEGUI PASCUAL, Rosario, *Nosotros y los otros. La identidad bajoaragonesa a través de los tambores*, pregón de Semana Santa de 1996 (colección Pregón, 9), Centro de Estudios Bajoaragoneses, Diputación Provincial de Teruel y Ayuntamiento de Alcañiz, Alcañiz, 1997.

PLASTINO, Goffredo, *Tambores del Bajo Aragón* (colección Aragón-LCD), PRAMES, Zaragoza, 2001.

RÚJULA, Pedro (coord.), *Entre tambores. El Bajo Aragón durante la Semana Santa,* Ruta del tambor y el bombo, Zaragoza, 2002.

SEGURA RODRÍGUEZ, Lourdes, *La Semana Santa en el Bajo Aragón* (Cartillas Turolenses, 7), Instituto de Estudios Turolenses, 1987.

VV. AA., *Alcorisa, Santos Montes*, Museo Provincial de Teruel, Teruel, 2003.